



¿ESTÁN LOCOS ESTOS ROMANOS!

Descripción

TODOS SOMOS ROMANOS

¿Están locos estos romanos! No sé si alguna vez has leído esos famosos cómics de Asterix. Se trata de unas historietas sobre un pueblo de la Galia que no consigue someter al Imperio Romano. Son indomables. Y se defienden gracias a Asterix y Obelix, que tienen una fuerza sobrehumana fruto de una potente mágica.

Ellos rechazan y se defienden de los romanos invasores. ¿Están locos estos romanos! es lo que los galos siempre dicen cuando se refieren a los romanos.

Pues tú y yo no sé si estamos locos, pero lo que sé es que somos romanos. Así: romanos.

San Josemaría escribe:

¿Católico, Apostólico, Romano! -Me gusta que seas muy romano. Y que tengas deseos de hacer tu romería, ¿ver Petrum?, para ver a Pedro?

(Camino 520).

Y es que todos los católicos somos romanos, porque en Roma, en la *città eterna* -la ciudad eterna-, está la sede de Pedro, está la sede del Papa.

Hace poco, en una entrevista, comentaba Mons. Fernando Ocariz, el actual Prelado del Opus Dei: *He recordado una y otra vez el ejemplo que vi en el entonces cardenal Ratzinger, cuyo amor a la Iglesia y al Papa, fuerte y fundado en la fe, iba más allá de las emociones.*

En un momento delicado para la unidad de la Iglesia, que algunos cuestionaban, le oí decir desde el fondo de su corazón: ¿Cómo es posible que no se den cuenta de que sin el Papa no son nada!? (Ecclesia, 24 de octubre de 2023).

Pues si tÃº consideras que estos tiempos son tiempos delicados para la unidad de la Iglesia, escucha al entonces cardenal Ratzinger: Â¿sin el Papa no eres nada! O eres romano o no eres nada.

Â¿A quÃ© viene todo esto? A que hoy celebramos la dedicaciÃ³n de una de las cuatro basÃ­licas mayores romanas: [San Juan de LetrÃ¡n](#). Se podrÃ­a decir que es la principal, porque es la sede del obispo de Roma. O sea, del Papa.

CONSTANTINO Y SAN JUAN DE LETRÃN

Te cuento la historia. Era el aÃ±o 312 y se disputaban el imperio Majencio y Constantino. Constantino dispuso sus tropas fuera de Roma preparando la batalla inminente. Y segÃºn cuenta la tradiciÃ³n, estaba invocando la protecciÃ³n del dios sol a quien Ã©l veneraba, cuando vio la imagen de la cruz en el interior del disco solar.

MÃ¡s tarde, en un sueÃ±o, vio nuevamente la cruz dentro del sol, y las palabras *In hoc signo vinces*: Con este signo vencerÃ¡s. Fue entonces que mandÃ³ sustituir el Ã¡guila imperial en los estandartes de su ejÃ©rcito por el signo de la cruz y se lanzÃ³ a la famosa batalla del Puente Milvio en la que derrotÃ³ a Majencio. Todos supieron el resultado de la contienda.

Entonces el Senado junto con el pueblo romano (Senatus Populusque Romanus, que esas son las siglas SPQR que se ven por todos lados en Roma), erigiÃ³ con prisa un arco para celebrar el triunfo de Constantino.

Se llama, como es lÃ³gico, el Arco de Constantino y ahÃ­ sigue en pie hasta el dÃ­a de hoy, al lado del Coliseo romano.

En ese arco se puede leer la inscripciÃ³n dedicatoria en la que se hace una menciÃ³n, asÃ­ un poco solapada, a âla divinidadâ; ya no se habla de los dioses, porque los magistrados, que eran paganos, sabÃ­an que Constantino favorecÃ­a a los cristianos, que eran adoradores de un Dios Ãºnico. Santa Elena, su mamÃ¡, ya era cristiana. Pero Constantino comenzÃ³ ahÃ­ su propia conversiÃ³n.

Es curioso, porque se dice que en los triunfos romanos que se hacÃ­an cuando un gran general conseguÃ­a una victoria gloriosa, solÃ­a haber un gran desfile por la ciudad que pasaba justo por donde estÃ¡ el Arco de Constantino.

Desfilaban los esclavos, el botÃ³n de guerra, los soldados y, por Ãºltimo, en una carroza iba el general, o (en este caso) el emperador, al que acompaÃ±aba un lacayo que, mientras toda Roma se asomaba para ver el espectÃ¡culo y gritaba: âÂ¡Triunfo! Â¡Oh, Triunfo!â, le ceÃ±Ã­a una corona de laurel en la cabeza mientras le susurraba al oÃ­do las siguientes palabras: âRecuerda que eres mortalâ.



LA IGLESIA DE LOS ROMANOS

Eran unas palabras acertadas porque aquel hombre se sentía el dueño del mundo, pero no dejaba de ser un simple hombre. Ya se ve que Constantino lo supo reconocer y, junto con eso, supo agradecer a Dios (a ese Dios de los cristianos que murió en la Cruz) la victoria conseguida.

Así, el 28 de octubre del año 312, después de vencer a Majencio, Constantino hizo su entrada triunfal en Roma e inmediatamente acabó con la persecución de los cristianos y donó los palacios de los Laterani al Papa Melquiades.

O sea, antes de iniciar la construcción de la antigua basílica de San Pedro en el Vaticano, Constantino construyó la Basílica Laterana en el lugar donde se encontraban las viviendas de la guardia personal de Majencio.

La basílica estaba dedicada al Salvador. Después, con el tiempo, fue dedicada a San Juan Bautista y San Juan Evangelista. Por eso hoy la conocemos como San Juan de Letrán.

En el año 314, el Papa Silvestre I fue a vivir a Laterano y ahí fijó la residencia oficial del papado. No fue hasta muchos siglos después que la residencia del Papa se trasladó al Vaticano.

Y por eso en esta iglesia que celebramos hoy, en la fachada se lee las siguientes palabras: «*Sacrosancta Lateranensis ecclesia omnium urbis et orbis ecclesiarum mater et caput*», que se traduce diciendo:

«Iglesia Santísima de Letrán, madre y cabeza de todas las iglesias de la urbe y del orbe».

O sea, del orbe del mundo y de la urbe de Roma: todas, todos, incluidos tú y yo.

UNIDOS SIEMPRE AL PAPA

Somos romanos y eso significa que estamos con el Papa. Porque sin el Papa no somos nada. La grandeza de la Iglesia no es nuestra, es de Dios. Nuestros triunfos y aciertos no son nuestros, son de Dios.

Los errores y los defectos sí son nuestros, y en ellos es como si nuestro Ángel de la guarda nos colocara una corona de laurel y nos dijera: «Recuerda que eres mortal». Y lo somos.

Pero, a pesar de los pesares, todos [somos la Iglesia](#). Somos el pueblo de Dios. Somos una familia, y la Iglesia es Madre. Conocer la historia de nuestra familia nos ayuda a conocernos a nosotros mismos. Por eso te lo recuerdo: somos romanos.

Algunos podrán decir: «Están locos estos romanos!», pero nosotros nos sabemos con orgullo hijos de la Iglesia, miembros del cuerpo místico de Cristo.<

Comentaba Benedicto XVI:

«En esta solemnidad, la Palabra de Dios recuerda una verdad esencial: el templo de ladrillos es símbolo de la Iglesia viva, la comunidad cristiana, que ya los apóstoles san Pedro y san Pablo, en sus cartas, consideraban como edificio espiritual, construido por Dios con las piedras vivas que son los cristianos, sobre el único fundamento que es Jesucristo, comparado a su vez con la piedra angular»

(cfr. 1 Co 3, 9-11. 16-17; 1 P 2, 4-8; Ef 2, 20-22).

«Hermanos: son edificios de Dios,

escribe San Pablo, y añade:

El templo de Dios es santo: ese templo son ustedes»

(1Co 3, 9-17).

El templo espiritual de la Iglesia está compuesto de bellísimas piedras y de sillares.



Entre todos, después de Cristo, destaca la Virgen Nuestra Señora, una piedra preciosa que da belleza a toda la construcción. Y en esta edificación hay piedras de todo tipo: unas que sustentan, otras ornamentales; unas fuertes, otras preciosas...

Son todas las vocaciones que Dios suscita en la iglesia. [¿?/] Los templos que construimos, en su belleza y armonía, están destinados a dar gloria a Dios y también a recordarnos la belleza de?? (Noviembre 2015, Con ¿?, Fulgencio Espa) nuestra familia, de nuestra iglesia.

Solo la unión entre nosotros y en comunión con quien hace cabeza, con el Papa, nuestras vidas gozan de la solidez y se consigue la belleza del templo.

Pues recemos hoy los unos por los otros y, todos juntos, por el Papa.